

mente en favor suyo vuestras manos y vuestros corazones al cielo; dirigid al Señor las más fervientes oraciones; y todos juntos supliquémosle, que prepare sus corazones para recibirle dignamente.

Dios mio, vos amais á estos niños, vos sois su Padre: renovad aquí para con ellos todas vuestras bondades y todo vuestro amor. Haced que os conozcan por la fraccion del pan: hablad á su corazon para que, á semejanza de los discípulos de Emaús, arda de amor por vos. Padre tierno, Padre santo, poned los ojos en estos niños: ved cuan ansiosos acuden al rededor de vuestra mesa. Excitados por el hambre, hace mucho tiempo que os piden el pan cotidiano: hoy, al fin, vamos á dárselo, poseidos de la mas santa alegría. Haced, oh Dios mio, que encuentren en él la salud y la vida eterna. Amen.

PARA DESPUES DE LA COMUNION.

Ahora, hijos míos, podeis decir con S. Pablo: «No vivo yo ya, sino que vive Jesucristo en mí;» y con David: El Señor está conmigo, ya nada puede faltarme; ni sus luces para guiarme, ni su fuerza para sostenerme, ni su amor para inflamarme. Hélo recibido, y lo poseo con la plenitud de sus gracias, de su amor y de su divinidad. ¡Oh alma mia! bendice á un Dios tan bueno, magnifico y misericordioso! Él te ha perdonado tus ofensas; él ha curado tus enfermedades y flaquezas; él te ha colmado de todos los dones de su gracia y de su misericordia. No lo olvides nunca, alma mia.

No, hijos míos; no olvideis jamás á este Dios de bondad; tened siempre presente su magnificencia, su amor y sus grandes beneficios. Celebrad todos los años el día de vuestra primera comunión como el mejor de vuestros días, como la más solemne de todas las fiestas. No olvideis nunca la gloriosa alianza que acabais de celebrar con Jesucristo. Desde ahora estais incorporados con él y sois participantes de su divinidad. ¡Qué dignidad! Procurad conservarla con la santidad de vuestra vida. Conservad siempre puras y sin mancha vuestras almas y vuestros cuerpos, que el Señor acaba de consagrar con su presencia: guardad cautelosamente el don precioso de la gracia, que acabais de recibir en toda su plenitud.

Resistid valerosamente con el auxilio de la fe á las tentaciones del demonio, del mundo y de la carne; refrenad desde su origen

vuestras pasiones, y sujetad todas vuestras inclinaciones á la ley de Jesucristo. Consagrad al Señor vuestros primeros años, porque este es el mejor y más apreciable obsequio que podeis hacerle. Cifrad toda vuestra felicidad y toda vuestra gloria en servir á Dios desde la infancia; pues no hay dicha ni gloria mayor que la de sus verdaderos siervos. Perseverad en la inocencia, en la sencillez de corazon y en el santo fervor; porque este es el medio de comulgar á menudo, dignamente y con fruto. Sirvaos la primera comunión, que acabais de recibir, de preparacion y de modelo para las sucesivas; y éstas, para la que recibireis en forma de viático en la hora de la muerte, á fin de que aquella última comunión os reuna con Dios por toda la eternidad.

Divino Jesús, que acabais de uniros á esos dichosos niños, fijad para siempre vuestra morada en sus corazones, en los cuales la corrupcion no ha podido aun desfigurar la belleza de vuestra obra. Preservadlos con vuestra presencia del contagio del mundo; reinad siempre en ellos por la fuerza de vuestra gracia y la dulcedumbre de vuestro amor; y ya que en virtud de la comunión de vuestro cuerpo forman con vos una misma carne, haced que, en virtud de la caridad, formen con vos un mismo corazon.

Jesucristo, próximo á separarse por la muerte de la más tierna de las madres, volviendo desde la cruz los ojos á María, y mostrándole su discípulo amado, le dijo: Mujer, hé aquí tu hijo; él hará mis veces para contigo. Y en seguida, volviéndose á Juan, y mostrándole á María, añadió: Hé aquí tu madre; ella te amará como á mí me amó. ¡Ah! hermanos míos, ¡qué grande, qué sublime testimonio de amor dá el Salvador con estas palabras á su discípulo! ¡Qué recompensa á su castidad! ¡Qué preciosa herencia le deja al salir de este mundo para volver al seno de su Padre!

Pues esta preciosa herencia, hijos míos, es tambien vuestra. Por medio de la comunión, que acabais de recibir, os habeis convertido realmente en carne de Jesucristo, en miembros y hermanos suyos, y, por lo tanto, en hijos de María. De consiguiente, podeis mirarla como Madre vuestra, y llamarla con este dulce nombre. El Salvador os dice, como á S. Juan, mostrándoos á María: Ved aquí vuestra Madre; y, desde ahora, María os cuenta en el número de sus hijos, y os ama con el amor que profesaba á Jesucristo, á quien habeis sido sustituidos.

¡Ah! reconoced toda la gloria, toda la felicidad que os proporciona semejante adopción; mostraos eternamente agradecidos á ella, y sed fieles en el cumplimiento de los sagrados deberes que os im-

pone. Estos deberes, hijos míos, consisten en respetar y honrar á la Virgen santísima como Madre vuestra, ahora y siempre con vuestra humildad, con vuestra modestia, y con la práctica de todas las virtudes que ella, con su ejemplo, os á enseñado á amar y practicar. Consagraos á ella desde ahora, y mostraos dignos hijos de tan excelente Madre, imitando á su divino Hijo Jesucristo, observando fielmente su santa ley, y amándole constantemente como ella siempre lo ha amado. Honrad á María santísima como la honró el mismo Jesucristo: saludadla cada día varias veces con el ángel del Señor, como llena de gracia y bendita entre todas las mujeres; pregonaos con vuestros cánticos sus grandezas y alabanzas, y celebrad sus festividades con un aumento de fervor y con santas comuniones. Pensad con frecuencia en María, hijos míos. Invocad con frecuencia á María. Invocadla en todos vuestros peligros, en todas vuestras tentaciones y necesidades, y obtendréis siempre los saludables efectos de su protección y amor. Ella os ama; ella es todopoderosa en el cielo, y jamás olvidará que hoy os habeis convertido en amados hijos suyos.

No, Virgen Santísima; vos no olvidareis nunca á esos tiernos hijos que Jesucristo acaba de daros. Alimentados con su carne y llenos de su divinidad, son verdaderamente hermanos suyos, y por consiguiente hijos vuestros. Mostrad, pues, que sois su Madre, amándoles, protegiéndoles y conservándoles en el estado de inocencia. Así como sois su Madre, sed también su arrimo y su modelo. Haced que, atraídos continuamente por el santo olor de vuestra pureza, vivan y crezcan siempre en toda virtud. ¡Oh María! alcanzadles á todos la caridad que forma los santos, la gracia que los santifica, y la gloria que los corona. Amen.

DIVISIONES.

COMUNION (*Motivos de su institucion*).

La Eucaristía fué instituida:

- 1.º Para sostener nuestra flaqueza.
- 2.º Para conservar y aumentar en nosotros la vida de la gracia.
- 3.º Para contraer Dios con el hombre la union más íntima.

COMUNION (*Ventajas de la*).

La Eucaristía es:

- 1.º Un principio de fortaleza.
- 2.º Un principio de justicia.

COMUNION.—Las gracias que Jesucristo nos ofrece en la comunión exigen; que nos hallemos fervorosos cuando deseamos comulgar.

Las disposiciones que Jesucristo nos pide para la comunión exigen; que estemos en gracia para comulgar.

COMUNION.—Es preciso tener y manifestar antes de la comunión:

- 1.º Mucha fe.
- 2.º Mucha modestia.
- 3.º Después de la comunión: mucho fervor.

COMUNION INDIGNA.—Punto primero.—Crimen de la comunión indigna.

- 1.º Es el crimen de Judas.
- 2.º Es un crimen más execrable que el que cometieron los judíos crucificando á Jesucristo.
- 3.º Es el más horrible de los sacrilegios.

Punto segundo.—Castigo de la comunión indigna.

- 1.º Un castigo terrible interior, á saber: ceguera, endurecimiento, condenación.
- 2.º A veces un castigo exterior con adversidades particulares y calamidades públicas.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Edent pauperes et saturabuntur, et laudabunt Dominum qui requirunt eum; vivent corda eorum in seculum sæculi. PSALM. XXI, 27.

Aruit cor meum, quia oblitus sum comedere panem meum. PSALM. CI, 5.

Angelorum esca nutriti populum tuum, et paratum panem de caelo præstitisti illis, sine labore, omne delectamentum in se ha-

Los pobres comerán y quedarán saciados, y los que buscan al Señor le cantarán alabanzas: sus corazones vivirán por los siglos de los siglos.

Arido está mi corazón, pues hasta de comer mi pan me he olvidado.

Alimentaste á tu pueblo con manjar de ángeles, y le suministraste del cielo un pan aparejado sin fatiga suya, que contenía en

bentem, et omnis saporis suavitatem. SAPIENT. XVI, 20.

Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris. ISAI. XII, 5.

Quid enim bonum ejus est, et quid pulchrum ejus nisi frumentum electorum, et vinum germi-nans virgines? ZACHAR. IX, 17.

Ecce ego vobiscum sum usque ad consummationem sæculi. MATTH. XXVIII, 20.

Panem nostrum quotidianum da nobis hodie. LUC. XI, 3.

Hic est panis de cælo descendens, ut si quis ex ipso manducaverit, non moriatur. JOANN. VI, 50.

Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum. JOANN. VI, 52.

Panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. JOANN. VI, 52.

Caro mea vere est cibus, et sanguis meus vere est potus. JOANN. VI, 56.

Non potestis calicem Domini bibere, et calicem dæmoniorum: non potestis mensæ Domini participes esse, et mensæ dæmoniorum. I. CORINTH. X, 20 ET 21.

Quicumque manducaverit panem hunc, vel biberit calicem Domini indigne, reus erit corporis et sanguinis Domini. I. CORINTH. XI, 27.

Probet autem seipsum homo, et sic de pane illo edat, et de calice bibat. I. CORINTH. XI, 28.

si todo deleite y la suavidad de todos los sabores.

Sacareis agua con gozo de las fuentes del Salvador.

Mas ¿cuál será el bien venido de él, y lo hermoso que de él nos vendrá, sino el trigo de los escogidos, y el vino que engendra virgenes ó dá la castidad?

Estad ciertos que yo mismo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.

El pan nuestro de cada dia dá-nosle hoy.

Este es el pan que descende del cielo, á fin de que quien comiere de él no muera.

Quien comiere de este pan, vivirá eternamente.

El pan que yo daré, es mi misma carne, la cual daré yo para la vida ó salvacion del mundo.

Mi carne es verdaderamente comida; y mi sangre es verdaderamente bebida.

No podeis beber el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios: no podeis tener parte en la mesa del Señor, y en la mesa de los demonios.

Cualquiera que comiere este pan ó bebiere el cáliz del Señor indignamente, reo será del cuerpo y de la sangre del Señor.

Por tanto, examínese á sí mismo el hombre, y de esta suerte coma de aquel pan y beba de aquel cáliz.

Irritam quis faciens legem Moysi, sine ulla miseratione moritur; quanto putatis deteriora mereri supplicia, qui Filium Dei conculcaverit, et sanguinem testamenti pollutum duxerit? HEBREOS X, 28 ET 29.

Uno que prevarique contra la ley de Moisés y se haga idólatra, es condenado sin remision á muerte: pues ahora ¿cuánto más acerbos suplicios, si lo pensais, merecerá aquel que holláre al Hijo de Dios, y tuviere por vil é inmunda la sangre divina del testamento?

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

La primera señal que encontramos de la sagrada comunion en el antiguo Testamento, consiste en el árbol de la vida que Dios plantó en medio del paraíso, y cuyo fruto, segun afirman casi todos los expositores, preservaba de la muerte. Asi la sagrada comunion es, para el alma bien dispuesta y fervorosa, una fuente de vida temporal y eterna, un gérmen que comunica la inmortalidad al cuerpo y al alma, segun lo declaró el mismo Jesucristo: *Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum.* JOANN. VI.

Nadie ignora, que el maná milagroso del desierto fué una viva figura del divino alimento con que Dios nos regala en este celestial banquete. El mismo Jesucristo, al revelar á los hombres, por primera vez, este portentoso misterio que habia de obrar, prefiere el pan, que él nos dá, al alimento antiguo preparado por manos de ángeles; porque aquél solo conservaba las fuerzas del cuerpo; más éste renueva las fuerzas del alma y la rejuvenece: aquél no preservaba de la muerte; éste sí: *Patres vestri manducaverunt manna in deserto, et mortui sunt: qui manducat hunc panem, vivet in æternum.* JOANN. VI.

En el capítulo 12 del Éxodo se describen las ceremonias con que los israelitas habian de comer el cordero pascual, viva figura de este Cordero divino, que se nos da en comida en la sagrada comunion. Interpretadas en sentido místico todas aquellas ceremonias materiales, nos instruyen en el misterio de la Eucaristía, considerada como sacrificio, como sacramento y comida.

Huyendo el profeta Elías de las venganzas de la impía Jezabel, errante en medio del desierto, hambriento, rendido y fatigado, se echó para descansar un momento; cuando oye la voz de un ángel, que le dice: *Surge, et comede.* Levántase, y halla un pan subcinericio; lo come, y se siente de tal modo confortado, que llega sin dificultad al monte Horeb. Viva figura de lo que acontece todos los dias á los fieles, que, cansados y errantes por el árido desierto del mundo, huyen-

do de las persecuciones de sus terribles enemigos, escuchan la voz amorosa de Jesucristo, que presentándoles este pan divino, les dice: *Venite, comedite panem meum*. PROVERB. IX. *Nisi manducaveritis carnem Filii hominis... non habebitis vitam in vobis*. JOANN. VI. *Venite ad me omnes qui laboratis... et ego reficiam vos*. MATTH. XI.

Véanse el cap. 6 del Evangelio de S. Juan, y el 11 de la primera carta de S. Pablo á los Corintios, en donde se nos enseña la necesidad de la sagrada comunión, y las disposiciones con que debemos acercarnos, si no queremos atraer sobre nosotros la maldición de Dios.

Esta maldición de Dios la tenemos fulminada en la parábola de aquel convidado, que osó penetrar en el banquete y sentarse á la mesa sin el vestido nupcial (Matth. XXII); no ménos que en el ejemplo del infeliz Judas, del cual dice el Evangelista, que apenas hubo comulgado, Satanás se apoderó de él: *Et post buccellam introivit in eum Sathanas*. JOANN. XIII, 27.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Dum caro corpore et sanguine Christi vescitur, de Deo anima saginatur. TERTULL. DE RESURRECT. CARN. CAP. VIII.

Hunc panem dari quotidie postulamus, ne dum absentes, et non communicantes à cælesti pane prohibemur, à Christi corpore separeremur. S. CYPRIAN. DE ORAT. DOMINICA.

Mens deficit, quam recepta Eucharistia non erigit. IDEM. IBID.

Eucharistia fidelem à se alienat, et ex terreno facit cælestem. IDEM, LIB. II, EPIST. III, AD COECIM.

Christus mihi cibus, Christus mihi potus: non jam ad satietatem mei annuos expecto provenus; Christus mihi quotidie ministratur. S. AMBROS. IN PS. 118.

Christus in hoc sacramento sæ-

Mientras el cuerpo toma la carne y sangre de Cristo, el alma se llena de Dios.

Pedimos á Dios que cada día nos dé este pan, no sea caso de que, alejándonos y quedando prohibidos de recibir el pan celestial, quedemos separados del cuerpo de Jesucristo ó de su Iglesia.

Muy enferma está el alma á quien no cura la Eucaristía.

La Eucaristía hace que el cristiano se olvide de sí mismo, y que de hombre terreno se convierta en celestial.

Cristo es mi comida y mi bebida: para mi sustento ya no espero mis rentas anuales, despues que Jesucristo se me da todos los días.

En este sacramento, Jesucristo

vientem membrorum legem sedat, collisos redintegrat, perturbationes animi extinguit. S. CYRILL. ALEX., LIB. IV, IN JOANN. CAP. XVII.

Quid est proprium eorum qui manducant panem et bibunt poculum Dei? Ut jam non sibi vivant, sed ei, qui pro ipsis mortuus est. S. BASIL. IN EPIST. AD CÆSAR. PATRIC.

Corpus nostrum consequitum immortalitatem corporis Christi immortalitati conjunctum. S. GREGOR. NISI. ORAT. CATECH. CAP. XXXVII.

Tamquam leones ignem spirantes ab hac mensa recedamus, diabolo facti terribiles. S. CHRYSOST. HOM. LXI, AD POPUL. ANTIOCH.

Non est audacia sæpe accedere, sed indigne vel semel. IDEM. IBID.

Non aliud agit participatio corporis et sanguinis Christi, quam ut ad id quod sumimus transeamus. S. LEO. DE PASS. DOM.

Qui amat hanc carnem, non est amicus carnis sue. S. GREG. NYSSEN.

Véase: EUCARISTÍA.

aquieta las desordenadas leyes de la carne: realza á los caídos, y disipa las tinieblas del alma.

¿Qué fruto deben experimentar los que comen el pan y beben la sangre del Hombre-Dios? El de que ya no vivan para sí mismos, sino para aquel que murió por ellos.

Nuestro cuerpo (por medio de la comunión) participa de la inmortalidad que posee el cuerpo de Jesucristo.

Levantémonos de aquella sagrada mesa, respirando fuego y valor como un león, infundiendo espanto al mismo demonio.

No es osadía el comulgar muchas veces, pero sí el comulgar una sola indignamente.

El participar del cuerpo y sangre de Jesucristo, no tiene otro fin principal que el de trasformarnos en el mismo á quien recibimos.

El que desea comer esta sagrada carne, deja de amar á su propio cuerpo.

COMUNION DE LOS SANTOS.

Jerusalem edificatur ut civitas: cujus participatio ejus in idipsum.

Jerusalén se edifica como una ciudad cuyas partes ó habitantes están en perfecta y mútua union.

(Psalm. cxxi, 3.)

Queridos hermanos: Cuando antiguamente los hijos de Israel subían á Jerusalén en el día grande de sus solemnidades, desde el punto más lejano en que divisaban la ciudad santa, la montaña de Sion, el templo de Jehovah; olvidándose de sus hogares, de sus campos y de sus familias, al aspecto de tanta grandeza y magestad, exclamaban llenos de admiracion y placer: ¡Cómo me alegré cuando me dijeron: vámonos á la casa del Señor! creía ya que mis plantas se habian fijado en tu pavimento, ¡oh Jerusalén! tanto era el deseo que tenia de contemplarte! Porque Jerusalén ha sido edificada como una ciudad, cuyos habitantes forman todos un solo pueblo y participan de los mismos bienes: *Jerusalem edificatur ut civitas cujus participatio ejus in idipsum.*

Quiero suponer, hermanos carísimos, que en este día, en lugar de la antigua Sion, de su templo y de su gloria, vieseis desplegarse á vuestros ojos en toda su grandiosidad la nueva Jerusalén, abarcando en su recinto todos los pueblos de la tierra, fortaleciendo á sus hijos durante la vida, purificándolos más allá de la tumba, y coronándoles en el cielo; rindiendo así á Dios triple gloria por medio de sus combates, sus padecimientos y sus triunfos; y al ver esa ciudad de Dios, esa inmensa comunión de preces y lágrimas, de penas y trabajos, de miserias y glorias; al ver ese trueque incesante, esa relación perpétua entre los que rezan y los que lloran; entre los que trabajan y los que descansan; entre los que pelean y los que triunfan; entre los que todavía padecen y los que ya han dejado de padecer; admirados de esta divina armonía respecto al afán de los unos y

la beneficencia de los otros; al infortunio de éstos y la suerte de los de más allá; no podriais ménos de exclamar desde lo íntimo del corazón: En efecto, la nueva Jerusalén, la Iglesia católica está edificada como una ciudad, cuyos habitantes forman todos un mismo y solo pueblo, y participan de los mismos bienes.

Justamente sobre esta admirable Comunión de los santos, vengo hoy á reclamar vuestra piadosa atención, y quiero demostraros, que entre los varios miembros de la Iglesia católica existe un recíproco cambio de oraciones y merecimientos. A. M.

1. La Iglesia, dice el Apóstol, es el cuerpo de Jesucristo: pues bien; los miembros de un cuerpo se hallan unidos entre sí por una reciprocidad de servicios y de funciones; el uno sostiene al otro; éstos comunican su abundancia á los de más allá; y todos, en suma, participan de los mismos bienes, que son la fuerza, la salud y la vida. Un miembro que dejara de cooperar al provecho comun, ó de participar de este fondo recíproco, por ahí mismo quedaria enervado é impotente, y, en consecuencia, sin vida. Así es, que ninguno puede decir á otro: no necesito de tu auxilio; pues todos, cabeza y manos, manos y piés, contribuyen á la armonía del conjunto; cada cual comunica á los demás su fuerza ó su debilidad, sus defectos ó sus cualidades, su fealdad ó su belleza. Todos son solidarios: el mal del uno se propaga al otro; éste adquiere su lozanía de aquél; y la plenitud de uno solo hace ricos á los demás. Tal es el cuerpo humano: cambio recíproco de servicios y oficios; mútua participacion de beneficios y necesidades.

La Iglesia es una familia: ahora bien; los varios miembros de una familia se hallan unidos entre sí por una reciprocidad de servicios y de funciones; el más débil se acoge al más fuerte, y éste protege al débil; el nombre, la fortuna y la salud del principal se derrama sobre los restantes, como acervo comun del que cada cual saca parte, segun su mérito: el poder del padre se extiende sobre la madre y los hijos; el amor de la madre se divide entre los hijos y el padre; y la inocencia de los hijos se refleja en el padre y en la madre. Tambien aquí, lo que uno merece ó desmerece, lo merece ó desmerece para los demás: riqueza ó pobreza, infamia ó gloria, trasmítense de rechazo de uno á otro. Si uno padece, los demás padecen con él, trabajan para curarle, y se gozan en su restablecimiento. Si es desgraciado, los restantes se apresuran á socorrerle, y ofrecerle sus servicios, su crédito y su proteccion. Si es feliz, rico y poderoso, los demás recorren á su influjo, se apoyan en su nombre, se

utilizan de su posición y de sus méritos y valimiento. Tal es la familia, al igual que el cuerpo humano: cambio recíproco de servicios y oficios; mútua participación de beneficios y necesidades.

La Iglesia es una ciudad, la ciudad edificada en elevada cumbre: ahora bien; todos los miembros de una ciudad, como los del cuerpo, como los de la familia, se hallan unidos entre sí por una reciprocidad de servicios y de funciones: las riquezas de unos redundan en beneficio de los demás; y la holgura de aquéllos suple al desamparo de éstos. Tal ciudadano, por su celo y su talento merece, en pro de todos, la paz, el bienestar y la gloria; tal solicita lo que otro apoya, tal sufre lo que otro compadece, tal se inmola y sacrifica mientras un tercero derrama sus riquezas y esparce sus dones. Es verdad, que cada uno tiene su fortuna particular, su mérito personal y sus títulos peculiares; pero al lado de este acervo privativo hay una fama común, un tesoro público, un bienestar general, del que todos participan según su derecho y sus méritos. ¡Armonía admirable, por medio de la cual se enlaza, encadena y coordina todo en un cambio recíproco de servicios y oficios, en una gran comunión de beneficios y necesidades!

2. Siendo, pues, la Iglesia un cuerpo, una familia, una ciudad, preciso es que, como el cuerpo humano, tenga un tesoro común de fuerza, salud y vida; que, como la familia, posea un común acervo de riquezas, virtudes y merecimientos; y que, como la ciudad, constituya una asociación de mútuos servicios y recíprocos beneficios. De otra suerte, la Iglesia no sería sino una congregación de miembros aislados, sin vínculo ni relación entre sí, no pudiendo constituir el cuerpo de Jesucristo, la familia de los santos, la ciudad de Dios; ni tampoco la santa Jerusalén edificada como una ciudad, cuyos habitantes forman todos un mismo y solo pueblo, y participan de los mismos bienes.

Ya pues, queridos hermanos, que todos los miembros del cuerpo, de la familia y de la ciudad contribuyen, cada uno por su parte, á formar este fondo, este tesoro público, donde todos vienen sucesivamente á tomar fuerzas, salud y vida; con verdad puede decirse, que la cabeza es la que principalmente enriquece al cuerpo con sus dones. En efecto, de la cabeza descienden al cuerpo del hombre el movimiento, la luz y la gracia; el padre es quien trasmite á su familia nombre, bienes y consideraciones; el soberano es quien mantiene en la ciudad la paz y el orden, la fuerza y la vida. Luego; si la santa Jerusalén está edificada como una ciudad, en la cual tienen parte todos sus habitantes; si la Iglesia católica posee un tesoro de

gracias y méritos; y si es una comunión de santos; á la cabeza de ella es preciso que naturalmente nos remontemos como á fuente principal de toda gracia y de todo mérito. Y ¿cuál es la cabeza de la Iglesia? Jesucristo, según nos lo dice el apóstol S. Pablo: *Christus caput est Ecclesiae*; á Jesucristo, pues, es deudora la Iglesia de la plenitud de sus bienes. ¡Ah! ya no extraño que esta fuente de vida sea inagotable, que este acervo de mercedes, que este tesoro de gracias y méritos sea inmenso, infinito y eterno! La sangre de Jesucristo, aquella sangre adorable de la que una sola gota hubiera bastado para rescatar al mundo entero; las lágrimas de Jesucristo, aquellas lágrimas, de las cuales una sola hubiera sido suficiente para lavar todas nuestras faltas; las preces de Jesucristo, aquellas preces omnipotentes, de las que una sola hubiera sobrado para conseguirlo todo; la vida entera de Jesucristo, sus palabras y sus obras, sus penas y sus trabajos, sus vigiliass y sus sudores; hé aquí lo que nutre y alimenta el tesoro de la Iglesia: cadena de méritos, que se extiende de un confín á otro de la tierra, á cuyos diversos eslabones andan unidas todas las almas; río de gracias, que corre sin tregua sobre la humanidad, por cuyos diversos canales se derrama la fecundidad y la vida en el campo de la Iglesia. ¡Cuán rica eres, oh tú, congregación de los santos! Es verdad que no posees los tesoros de la tierra, siendo para otros el vil metal, las fértiles dehesas, las extensas posesiones; pero tú tienes un tesoro, un capital, una renta incalculables en la sangre de un Dios, en las lágrimas de un Dios, en las oraciones de un Dios.

Sin duda en la cabeza estriba principalmente la mancomunidad de los miembros, y de ella descienden á éstos primeramente la fuerza y la vida; más no por esto se crea, que los miembros no puedan por su parte cooperar á ese fondo de vida común, del cual todos sacan un vigor y energía enteramente nuevos; pues, conforme dice el apóstol S. Pablo; Dios puso tal orden en todo el cuerpo, que los miembros andan llenos de solicitud el uno por el otro: *Deus temperavit corpus.... ut pro invicem sollicita sint membra*; á fin de que la abundancia de unos supla á la indigencia de los demás: *Ut illorum abundantia vestra inopia sit supplementum*. Siendo esta, por consiguiente, la natural condición del cuerpo, así del humano, como del de la familia y de la ciudad, igual fenómeno debe de producirse en la Iglesia católica, que es el cuerpo de Jesucristo, la familia de los santos y la ciudad de Dios. Ahora mismo os señalaba en el tesoro de la Iglesia la sangre de Jesucristo, sus lágrimas y oraciones, sus obras y palabras, sus trabajos y tormentos, sus sudores y vigiliass,

sacando por conclusion, que este tesoro es de una riqueza incalculable; pero ¿qué direis cuando fijemos nuestra vista en la inmensa série de santos, que sucesivamente fueron contribuyendo á este tesoro con sus méritos y sus buenas obras? ¡Ah, hermanos carísimos! qué cúmulo de oraciones, de sacrificios y de virtudes! En ese tesoro miro, á un tiempo, la sangre de los mártires, sangre heroica que atrajo sobre la Iglesia la fuerza y la fecundidad; miro la austeridad de los anacoretas, que granjeó á tantísimas almas la gracia de la conversion y el valor de la penitencia; miro la fe de los confesores, fe intrépida que robusteció tantos espíritus vacilantes, y encaminó á tantos extraviados; miro la palma de las vírgenes, palma de virginidad que protegió á tantos corazones contra los atractivos del mundo y los incentivos de la carne; miro, así mismo, la oracion de Estéban, que precipita á Saulo en el camino de Damasco; la de Mónica, que arrebató á Agustin del abismo de sus devaneos; la de Clotilde, que destroza los ídolos de los francos, y entroniza el Cristianismo en el sólio de Clodoveo; la de Genoveva, que detiene á Atila en las puertas de París; miro tambien la humilde plegaria por vosotros recién depuesta en el tesoro de la Iglesia, en virtud de la comunión de los santos; plegaria, que saliendo de esta asamblea, vuela derechamente en alas de los ángeles hácia el corazon de nuestros hermanos ausentes, impenitentes ó segregados, llevándoles el bálsamo de los consuelos, la gracia de los remordimientos, y el don de la perseverancia; ó bien, salvando los mares, llega hasta las regiones idólatras, y destella el rayo de la fe sobre la frente de los paganos, ó saca una chispa de vida de sus corazones helados por la muerte. ¿Quién es capaz de detener su vuelo? La comunión de los santos se extiende por todas partes: no hay para ella límites, distancias, ni espacio; y no espira sino donde acaba el tiempo, ó donde fine la vida.

5. Pero me engaño: la comunión de los santos no espira, ni con el tiempo, ni con la vida; pues vá más allá del tiempo y del sepulcro. Y ¿por qué se detendría á las puertas de la eternidad? ¿Por qué los que triunfan en el cielo no han de estar unidos con los que pelean en la tierra, mediante un mútuo cambio de oraciones y gracias, mediante una reciproca comunión de necesidades y beneficios? Ellos, los vencedores de la eternidad, y nosotros, los soldados del tiempo, ¿no somos todos acaso del mismo cuerpo de Jesucristo, de la misma familia de los santos, de la misma ciudad de Dios? ¿Por ventura, su feliz estado les hace indiferentes á nuestras pruebas y sufrimientos, á nuestros goces y tribulaciones? ¿Acaso la gloria extingue el amor, y no es ella el triunfo del amor? ¿Acaso la gloria es el reino del egois-

mo, y no lo es de la caridad? ¿Quién creará que aquella Virgen madre, que nos adoptó por hijos al pié de la cruz de su Hijo divino, pueda olvidarnos ahora, que está en pié junto á su trono? ¿Quién imaginará que Santiago, patron de España, que en la tierra la amó hasta el punto de no perdonar fatigas para sacarla del estado de abyeccion en que se encontraba, y enseñarle las verdades que debian hacerla feliz, no la quiera mucho más ahora en el seno de la gloria? ¿Quién pensará que el gran Fernando, que en la tierra tanto hizo para engrandecer á nuestra pátria, hasta arriesgar mil veces su vida por ella, no la quiera más ahora, que sobre la diadema de rey ciñe la corona de santo? ¡Ah, no! la felicidad no hace á los santos indiferentes á nuestros intereses y necesidades: la gloria no destruye la comunión de los santos; al contrario, ella la estrecha más y más, armando á los bienaventurados de mayor poder, y penetrando sus corazones de más vehemente amor.

Pero ¡ah! carísimos hermanos; ¿no oís qué clamores se elevan hasta nosotros? Desde el fondo del abismo se nos grita: ¡compadeceos de mí, siquiera vosotros que habeis sido mis amigos! Ya no son los himnos de triunfo que resuenan en las celestes bóvedas; ya no los cánticos sagrados y las voces angélicas que alternan con las de los bienaventurados; son acentos plañideros, lamentos dolorosos; la voz de un padre, de una madre, de un hermano, ó de una hermana, que suben hácia nosotros de la mansion de prueba en demanda de sufragios; porque tampoco el sufrimiento, más que la gloria, destruye la comunión de los santos. ¿Qué motivo habría para que la destruyeran las penas de los justos? ¿No son ellos, al igual que nosotros, del cuerpo de Jesucristo, miembros vivos de la familia de los santos, y piedras vivientes de la ciudad de Dios? ¿Por qué, pues, no han de tener parte en el tesoro comun de la Iglesia, en nuestras oraciones, en nuestros sacrificios, en nuestros méritos, en nuestros socorros? ¡Cuán admirable es, hermanos carísimos, la presente doctrina de la comunión de los santos! El cielo ora, ora la tierra, ora el purgatorio; por cuyo medio, purgatorio, tierra y cielo, la Iglesia purgante, la triunfante y la militante se hallan unidas entre sí, mediante un cambio recíproco de oraciones y merecimientos. Desde el abismo sube la oracion á la tierra; desde la tierra se remonta á los cielos; y allí, por boca de los santos, obtiene el lenitivo, la luz y la paz. El purgatorio ruega por nosotros, el cielo ruega á nosotros; y nosotros, viajeros de la tierra, nosotros peregrinos de la celeste Jerusalem, rogamos por el purgatorio, rogamos al cielo; siendo los medianeros entre aquél y éste, entre el dolor y la gloria. Por nuestro conduc-